



"Nuevo Mundo",  
Madrid, 6 octubre 1922

## POESÍA Y POLÍTICA

Al amigo Enrique Gómez Carrillo, que desde el *ABC* nos suplica que dejándonos de política—de hacerla, no de vivir de ella, que no vivimos—hagamos dramas y novelas, esto es, poesía, y traduzcamos á Platón, no se nos ocurre por de pronto, ante el tumulto de ideas que para contestarle nos asaltan, otra cosa que recordar aquel discurso que el 19 de Noviembre de 1876 dirigió Josué Carducci, el gran poeta civil de Italia unificada, á los electores del colegio de Lugo, ciudadanos de la Romaña:

«Pero es, ¡ay!, la poesía—les decía—precisamente la mancha original que, según nuestros adversarios, me exclu-ye de la casta política. La verdad es que nuestros adversarios están de acuerdo con Platón, que fué el primero en echar á los poetas de la república. Mas aquella república platónica era más lírica que una oda de Píndaro, y á Platón, además, le parecía que no desdijese de los filósofos el disputar sobre el *logos* en las Cortes de los tiranos de Sicilia. Solón, por el contrario, componía elegías y hasta, pudiendo hacerse tirano de la patria, la dotaba, en vez de ello, de una Constitución que hizo la gloria y la grandeza de Atenas. Echándonos en cara, como calificación de inhabilidad política, el nombre del poeta, los adversarios muestran no conocer otra poesía que la de la Arcadia. Y no recuerdan que temple de ciudadano fué Juan Milton, que hizo con poderosos escritos la apología del pueblo de Inglaterra contra las usurpaciones del Estuardo. Y no recuerdan que Alemania mandó á discutir al Parlamento de Francfort las leyes de su reconstitución nacional á Luis Uhland, por el mérito de haber gloriosamente cantado las tradiciones y las aspiraciones de su pueblo y doctamente ilustrado la historia de la poesía alemana; y el noble viejo poeta fué parejo á su gloria y digno de la confianza de la patria, soportando, magnánimo, los malos tratos de la violencia militar que disolvió los últimos avances de la Asamblea nacional. Y no recuerdan que, caída en la ignominia por los errores de un doctrinario, Francisco Guizot, la monarquía burguesa de Luis Felipe, un poeta, Lamartine, opuso por días enteros su elocuencia y el pecho á los furiosos de la plaza, y con riesgo de la fama y de la vida salvó al menos el honor francés y la bandera tricolor. Y en Italia, por haber hecho versos que no desagradan, ¡se nos querían quitar los derechos civiles! En Italia! Presentio lo que pueden oponerme los adversarios: «Pero tú no

eres ni Milton, ni Uhland, ni Lamartine.» «Ni vosotros, que echáis del Estado á los poetas, sois Platones!»

Y luego el gran poeta y gran político—que es una misma cosa—italiano recordaba á los grandes poetas políticos, esto es, civiles, de Italia: Dante, Ariosto, Alfieri, Foscolo... Y recordaba á Mazzini, el más grande poeta de la más grande política republicana de la civilidad moderna europea.

Claro que todo esto no parece encajar con la súplica que nos dirige el amigo Gómez Carrillo, quien nos ha-

bla, cariñosamente, no desde el campo de la política, sino desde el campo de la... literatura. De la literatura, y no de la poesía. Y al hablar de poesía no nos referimos á la expresada en verso. Comprendemos que Gómez Carrillo, emigrado de su patria nativa desde muy joven, errante por el mundo de las letras y las artes, desarraigado, no sienta acaso la íntima hermandad, la *gemelidad* más bien, que hay entre poesía y política. El que esto escribe, por su parte, puede decirle que si algo ha hecho en poesía, en verso ó prosa, en novela, en cuento, en drama, en ensayo artístico, que haya de perdurar en vida de espíritu, se debe á que ha sentido con intensa pasión la historia de su patria, á que siente la política. Como cree que si su acción política, sus artículos y sus discursos de combate civil logran alguna eficacia en el ánimo de sus conciudadanos, se debe á lo que hay de poesía en ella.

Hay una cosa, amigo Carrillo, de que hay que huir si se quiere hacer poesía, hacer arte en el más alto sentido humano, y es de caer en *litterateur*, en *homme de lettres*. Y lo digo en francés porque la cosa es de origen francés y académico. Víctor Hugo no fué un *litterateur*, fué un poeta, y fué un poeta porque era un político.

Lo más característico acaso de la literatura que podríamos llamar académica, ó sea apoética, infecunda, es su apoliticismo. Y eso, aunque hoy sea un político—¡el Político, según el *Azorín* de hace pocos años!—D. Antonio Maura, el que presida la Real Academia Española de la Lengua, que, á imitación de la de la Francia absolutista de Luis XIV, se fundó en Madrid en 1713, reinando nuestro primer Borbón Felipe V, cuando ardía en España la discordia entre los francófilos, partidarios de él, del Borbón, del duque de Anjou, y los germanófilos—ó mejor austrófilos—partidarios del Habsburgo que se hacía llamar Carlos III de España—y VI de Alemania—, el archiduque Carlos. Pero la Real Academia Española de la Lengua, la que dice que limpia, fija y da esplendor, poco ó nada tiene que ver con la poesía. Con la literatura apoética á lo sumo, y por eso es justo que ingresen en ella los políticos literarios y apoéti-

POR MIGUEL  
DE UNAMUNO

D. C. bon

cos, los conservadores no crean Limpian, fijan y dan esplendor, no crean, remueven y dan calor lengua.

¡Que haga novelas y dramas que sin hacer política, sin podería hacerlos? Haciendo mi primera novela *Paz en la guerra* eché los fundamentos de mi concepción política, de nuestra España. Y en Ricardo Calvo represente en el Teatro Español, como me tiene ofrecido drama de mi soledad civil, podrá el amigo Gómez Carrillo y cuantos pues no es solo—me aconsejan lo él viene á aconsejarme, hasta que to sienta la hermandad de la política, del drama y de la literatura civil. Que la política es poesía historia es drama. Y todo lo den literatura académica!

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA